

LA APARICIÓN
DE LA SEÑORA VEAL
DANIEL DEFOE

Esta es la historia más extraña que conozco. Sin embargo, procede de muy buena fuente, y espero que pueda complacer al más ingenioso y exigente de los investigadores.

Después de su muerte, la señora Veal se apareció a la señora Bargrave, que es íntima amiga mía y de cuya reputación puedo responder, sobre todo desde la época en que la conocí, hace quince o dieciséis años. Sin embargo, tras haberse divulgado los hechos a los que se refiere este relato, la señora Bargrave ha sido calumniada y ridiculizada por algunas personas, en su mayor parte amigos del hermano de la señora Veal, para quienes esta historia es pura invención.

Pero, por las circunstancias que he mencionado, tengo fe en la señora Bargrave. Nunca ha dado señales de amargura ni he oído de sus labios expresión alguna de descontento o de queja, pese a estar sometida a la tiranía de un marido colérico, como yo mismo y otras personas dignas de crédito hemos comprobado.

Han de saber que la señora Veal era una dama soltera, piadosa y respetable, de unos treinta años de edad, y que durante bastante tiempo padeció ataques, que comenzaban cuando en medio de una conversación normal empezaba a decir cosas sin sentido. La mantenía su único hermano, hombre de aspecto sobrio que vivía en Dover.

Desde la niñez era íntima amiga de la señora Bargrave. Los recursos de la señora Veal eran por entonces bastante medianos. Su padre no se preocupaba de los hijos, que estaban expuestos a muchas calamidades. En aquellos días, el padre de la señora Bargrave vivía aún y era bastante violento. Sin embargo, a su hija no le faltaban comida ni ropa, mientras que la señora Veal carecía de ambas cosas.

Debido a esto, la señora Bargrave pudo mostrarse generosa con su amiga y se ganó el cariño sincero de la señora Veal, quien solía decirle:

—No solo sois mi mejor amiga, sino la única que tengo. Nada en el mundo podría destruir nuestra amistad.

A menudo se compadecían mutuamente de su mala suerte y leían juntas el libro de Drelincourt sobre la muerte, y otros escritos reconfortantes.

Algún tiempo después, unos amigos le proporcionaron al hermano de la señora Veal un trabajo en la aduana de Dover. Eso hizo que, poco a poco, se fuera enfriando la relación de la señora Veal con la señora Bargrave. No hubo una ruptura, pero sí un distanciamiento, y llegaron a transcurrir dos años y medio sin que se hubieran visto. Ciertamente es que la señora Bargrave había estado un año ausente de Dover, y que de los últimos seis meses había pasado dos en una casa que poseía en Canterbury.

En esa misma casa, en la mañana del 8 de septiembre de 1705, sábado y día de mercado, la señora Bargrave estaba sentada sola, cosiendo y pensando en su desventurada vida, cuando oyó un golpe en la puerta. Fue a ver quién llamaba y se encontró con su antigua amiga, la señora Veal,

vestida con ropa de viaje. En aquel mismo instante, el reloj dio las doce campanadas del mediodía.

—Me sorprende veros —dijo la señora Bargrave—. Después de tanto tiempo, empezaba a pensar en vos como en una extraña.

Añadió que se alegraba mucho de verla y se dispuso a besarla. La señora Veal se inclinó hacia delante hasta que sus labios casi se tocaron, y entonces, pasándose la mano ante los ojos, dijo:

—No me encuentro muy bien.

Tras lo cual la señora Veal retrocedió un poco. Le dijo a su antigua amiga que iba a emprender un largo viaje, pero que no había querido partir sin despedirse de ella.

—Pero —dijo la señora Bargrave— ¿cómo vais a viajar sola? Me sorprende, sabiendo lo unida que estáis a vuestro hermano.

—¡Oh! —exclamó la señora Veal—. Me fui de su lado y vine aquí, porque necesitaba veros antes de partir.

La señora Bargrave la condujo a una habitación contigua. Una vez allí, la señora Veal se sentó en el sillón que la señora Bargrave había ocupado antes de que llamaran a la puerta.

—Mi querida amiga —empezó—, he venido para renovar nuestra vieja relación y pedir os perdón por mi poca constancia. Si pudierais perdonarme, seríais para mí la mejor de las mujeres.

—¡Oh, no digáis eso! —exclamó la señora Bargrave—. No tiene ninguna importancia. Puedo perdonaros fácilmente.

—Pero ¿qué pensasteis de mí? —preguntó la señora Veal.

—Pensé que erais como todo el mundo y que la prosperidad había hecho que me olvidarais — contestó la señora Bargrave.

La señora Veal le recordó a su amiga las atenciones que había tenido con ella en otros tiempos, y la época en que se consolaban leyendo juntas el libro de Drelincourt, que era, en su opinión, la mejor obra escrita sobre la muerte. También mencionó otros dos libros traducidos del holandés, que trataban el mismo tema. Pero Drelincourt era, para ella, el autor que tenía una idea más exacta de la muerte y del más allá, en comparación con otros que habían escrito sobre aquel misterio. Luego le preguntó a la señora Bargrave si tenía a mano el libro de Drelincourt, y esta le contestó que sí.

—Pues id a buscarlo —le pidió la señora Veal.

La señora Bargrave subió las escaleras. Cuando regresó con el libro, la señora Veal dijo:

—Querida amiga, si los ojos de nuestra fe estuviesen tan abiertos como lo están nuestros ojos corporales, veríamos bandadas de ángeles, haciendo guardia alrededor de nosotros. Drelincourt afirma que nuestra noción del cielo es solo aproximada, y que no llegamos a concebirlo como realmente es. Por lo tanto, debéis resignaros en medio de vuestro pesar, y considerar que el Todopoderoso está particularmente interesado en vuestro caso, que vuestros sufrimientos son una muestra del favor divino, y que pronto os veréis libre de ellos. Confíad y creed en lo que os digo, querida amiga. Un solo minuto de la felicidad futura os recompensará infinitamente por los dolores pasados.

Al decir esto, la señora Veal tuvo un gesto enérgico, y se golpeó la rodilla con una mano. Luego continuó:

—No puedo creer que Dios vaya a permitir que paséis vuestros días de este modo. Tened por seguro que vuestras penas os abandonarán dentro de poco, o vos las dejaréis a ellas.

Siguió hablando en un tono tan celestial que la señora Bargrave se sintió profundamente conmovida, y lloró varias veces. Luego, la señora Veal se refirió a *El asceta*, del doctor Horneck, donde se comentan las vidas de los primeros cristianos. Horneck considera esas vidas como modelos dignos de imitación, y compara las palabras de aquellos santos, que proporcionaban alivio espiritual y servían para reforzar la fe, con el parloteo vano y frívolo de nuestros días.

—Ellos no fueron como nosotros, ni nosotros somos como ellos —continuó la señora Veal—, pero podríamos actuar del mismo modo. En aquellos tiempos se daba gran importancia a la amistad. ¿Dónde encontraríamos hoy algo así?

—Es difícil encontrar un verdadero amigo en estos días —asintió la señora Bargrave.

—El señor Norris ha escrito un hermoso libro de versos titulado *La amistad perfecta*, que yo admiro muchísimo —comentó la señora Veal—. ¿Habéis visto el libro?

—No —dijo la señora Bargrave—, pero tengo una copia de esos versos, de mi puño y letra.

—¿La tenéis? —preguntó la señora Veal—. Pues id a buscarla.

La dueña de la casa subió a la parte alta y al bajar le entregó la copia a su amiga para que la

leyese. Pero la señora Veal rehusó, con el pretexto de que eso podría causarle dolor de cabeza, y le rogó a la señora Bargrave que le leyese los versos, cosa que esta hizo.

Mientras ambas comentaban el poema sobre la amistad, la señora Veal afirmó:

—Querida amiga, podéis estar bien segura de que os querré siempre.

En los versos se repetía la palabra «elíseos».

—¡Ah, qué nombres usan estos poetas para hablar del cielo! —exclamó la señora Veal.

Y varias veces, mientras se pasaba la mano por delante de los ojos, le preguntó a su amiga:

—¿Creéis que los ataques que sufrí me han desfigurado?

—No —le contestaba siempre la señora Bargrave—. Os encuentro mejor que nunca.

Tras esta larga conversación, que debió durar una hora y tres cuartos, y en la que la aparecida empleó palabras mucho más hermosas que las que la señora Bargrave puede recordar, la señora Veal le pidió a su amiga que escribiese una carta a su hermano. Quería decirle que repartiese sus sortijas entre determinadas personas, y que en un cajón de su escritorio había una cartera con varias piezas de oro, de las cuales dos debían ser para su primo Watson.

Al oírla hablar así, la señora Bargrave creyó que su amiga estaba a punto de sufrir uno de sus ataques. De inmediato se sentó frente a ella en una silla, para evitar que cayese al suelo si eso ocurría. A fin de distraer su atención, tomó la manga del vestido de la señora Veal y empezó a elogiar la tela y su hechura.

